

José Marzo

La alambrada

ACVF EDITORIAL
MADRID

Diseño de la colección:

La Vieja Factoría

Ilustración de cubierta: Fotografía de Lola Coya.

Lectura de prepublicación:

Lola Coya

Primera edición:

Bassarai, Vitoria, marzo 2002

Segunda edición:

ACVF Editorial, Madrid, febrero 2009

Primera edición en eBook:

ACVF Editorial, Madrid, 2012

Tercera edición:

ACVF Editorial, Madrid, 2016

© José Marzo, 2001-2, 2009, 2012, 2016

© ACVF EDITORIAL, 2009, 2012, 2016

www.acvf.es

ISBN: 978-1537200873

Impresión digital bajo demanda. También disponible en *eBook*

A ti

Me telefonaron pasada la medianoche para decirme que mi tío había muerto.

—Te esperamos en la cafetería del hospital —se despidió mi madre—. Estamos todos.

Yo había conversado con él aquella misma tarde. Di por finalizada mi última clase quince minutos antes de la hora habitual y fui a visitarlo al hospital 12 de Octubre. Las últimas veces ya había dejado de llamarme la atención la extrema delgadez de su rostro y de su cuerpo, que se marcaba bajo las sábanas, pero hoy se mostraba especialmente nervioso e irascible.

—Cierra la puerta —me pidió—. Y corre la cortina.

Por el pasillo iban y venían enfermos en bata, visitantes y alguna enfermera. La costumbre era que el acceso a las habitaciones permaneciera despejado, así que me limité a entornar la puerta. Regresé al centro de la habitación y corrí la cortina que la dividía. En la otra mitad se hallaba en cama un hombre ya viejo. Su cráneo calvo y sus mejillas

hundidas asomaban por el embozo de la sábana y parecía dormir. Frente a él había un televisor con el volumen al mínimo. Al lado de la cama, una señora gruesa con un vestido floreado reposaba en una butaca. Estaba descalza y había extendido las piernas. Tenía los ojos cerrados, pero deduje que no dormía por la posición de su cabeza, demasiado frontal.

—No me dará la satisfacción de morir antes que yo —dijo mi tío en voz baja—. Aquí me lo encontré el día que ingresé y aquí seguirá el día que me saquen con las piernas por delante.

En otro tiempo, pensé, habría acompañado su sarcasmo con una sonrisa. Señalé con la cabeza hacia el otro lado de la cortina.

—No te preocupes, están dormidos —Y continuó—: Parece que tiene setenta años, pero lo cierto es que no ha cumplido los cincuenta. ¡Es menor que yo...! Su cáncer debe de ser de otro tipo. Si ves a un médico, pregúntaselo. Al parecer lleva años así, empeorando poco a poco, con mejorías esporádicas. Le han operado una decena de veces. Ahora tiene afectados varios órganos vitales, el riñón y el hígado, pero no acaba de caer. Parece que incluso ha mejorado otra vez los últimos días y vuelve a comer. Apostaría a que su metástasis es del género compasivo, no se atreve a terminar lo que ha empezado. Yo prefiero una metástasis implacable y rápida... esta jodida metástasis eficiente y sin escrúpulos.

Tres meses atrás, le habían diagnosticado un cáncer del aparato digestivo. Tenía molestias desde hacía seis meses, pero no había querido concederles importancia. Cuando acudió al médico, ya era demasiado tarde. Le operaron para estirpar el tumor.

Sin embargo, al abrirle descubrieron que estaba muy avanzado y que había atacado vasos y arterias. También descartaron el tratamiento con radiaciones y la quimioterapia. Sólo le prescribieron calmantes. A horas fijas, acudía una enfermera y le daba sus comprimidos; dosis doble por las noches, cuando las visitas ya se habían marchado.

No siempre tomaba los calmantes, sólo cuando el dolor era insoportable. A veces ni siquiera en esta circunstancia. Yo mismo lo vi perder el control en una ocasión: intentó relajarse para dominar el dolor, cerró los ojos y respiró pausadamente, se mordió los labios... Unas lágrimas brotaron de sus párpados, gimió. Finalmente, rompió a gritar, tirando las sábanas al suelo e incorporándose, sacudiéndose violentamente, dando patadas al aire. «¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! ¡Quiero que acabe ya!» De inmediato vino una enfermera, que necesitó la ayuda de otro par de enfermeros para reducirle y sedarle con una inyección. Después de aquello, optaron por suministrarle los calmantes por vía intravenosa mediante la sonda, mezclados con el suero. Sin embargo, también se las ingenió para burlar este procedimiento. Cuando la enfermera se marchaba, desenroscaba el tubito y lo depositaba en una cuña bajo las sábanas, dejando que vertiera allí su contenido, gota a gota.

Se colocó un dedo en los labios y me chistó suavemente. Ladeando la cabeza, me señaló al otro lado de la cortina.

—Sin que te vean... —dijo, y retirando las sábanas, me extendió la cuña—. Échalo por el retrete. Antes de que venga la enfermera.

Pasé por delante de la señora caminando de puntillas. Me encerré en el estrecho servicio y arrojé el contenido por el retrete. Aproveché para sacar de mi bolsillo la tableta de ansiolíticos. Al mismo tiempo que llenaba un vaso en el lavabo, tiré de la cadena, para que este ruido apagara al otro, y tomé un comprimido. Desde que le diagnosticaron el cáncer, yo también sentía molestias en el abdomen. El dolor comenzó en el bajo vientre, pequeños calambres que luego se fueron extendiendo al estómago e incluso a la espalda. Tenía sudores fríos y, varias veces, en el autobús en que volvía del trabajo, sufrí algunos mareos. Debía apearme varias estaciones antes para tomar aire, e iba caminando a casa. Dormía mal. Pasé algunas noches en vela, convencido de que yo también había contraído el cáncer. Una madrugada, con la seguridad de que mis días, como los suyos, estaban contados, acudí al servicio de urgencias. En cuanto entré en la consulta con expresión descompuesta y lívido, el médico leyó en mi rostro un cuadro de crisis de ansiedad. Me recetó benzodiazepina, medio comprimido por la mañana y la otra mitad antes de acostarme, que podía doblar en caso de necesidad. Acabé no sólo doblando la dosis, sino triplicándola. El efecto fue drástico, aunque a costa de vivir en una especie de nube. Andaba despistado y mis pensamientos se había vuelto lentos y espesos, pero dormía mejor y apenas notaba dolor. A lo largo del día, si en algún momento reaparecía o presentía sudores y mareos, bastaba con tomar otro comprimido, casi con verlo, y el dolor y la ansiedad desaparecían. Desde luego, no le había contado a nadie el origen de mi

decaimiento, que achacaban sin más explicaciones al estado de mi tío.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó cuando me reuní con él.

—...Me sentía un poco indispuerto —improvisé, y me toqué el estómago. Enseguida me arrepentí de mi disculpa.

—Bien, no te quejes —dijo—. Seguro que podrás superarlo. Aquí el que está enfermo soy yo. Yo sí que estoy un poco «indispuerto».

Me senté en la butaca al pie de la ventana. En la mesita de noche, había un ramillete de flores en agua. Se veía un montoncito de aspirina deshecha en el fondo del frasco.

—¿Hacía buen día?

—Sí —contesté—. Una bonita tarde.

—Se ve que el cielo está muy azul, sin nubes. ¿No sopla el viento?

—No. La tarde es magnífica. Hace sol y no hay nada de viento.

—La tarde ideal para dar un paseo por el parque.

—Sí.

—De niño me gustaban las tardes lluviosas —dijo recostando la cabeza—, los cielos con nubarrones. No acabo de entenderlo, yo nunca he tenido un carácter melancólico. Quizá las emociones eran más fuertes, más intensas... Si llovía, los chiquillos del barrio nos reuníamos en un portal y jugábamos a los chinos, sentados en corro, o íbamos al mercado y merodeábamos entre los puestos. Aunque en realidad era más divertido cuando no llovía y jugábamos al fútbol en la calle, con una pelota de trapo. Te estoy hablando

del principio de los años cincuenta. Entonces todavía se podía jugar en la calle, apenas había coches. ¿Tú has llegado a jugar al fútbol en la calle?

—No sé...

—¿No sabes? —Me dirigió una mirada inquisitiva.

—Quizá alguna vez.

—¿No recuerdas? No parece estar en buena forma hoy. ¿Cuántos años tienes ya, treinta?

—Veintiocho.

—Veintiocho. Deberías acordarte. No hace tanto tiempo. Si yo puedo recordar, tú también puedes.

Hice un esfuerzo de memoria:

—Alguna vez jugábamos con una pelota. No era exactamente un partido de fútbol. En una plaza, señalábamos los postes de una portería en una pared, con tiza o con dos montones de ropa y las carteras del colegio, y alguno hacía de portero. Pero era peligroso, ya había demasiados coches. Si el balón se escapaba al asfalto, había que andarse con mucho ojo para salir en su busca.

—Y peligroso para los mismos coches —apuntó—. De pronto te encuentras con un balón que da botes delante de ti o se te mete bajo las ruedas... Olvidaba que tú ya te has criado con la tele. Perdisteis la calle y ganasteis la aldea global.

—Es posible.

—No es una cuestión de posibilidad. O estás de acuerdo o no estás de acuerdo. Habéis perdido la ciudad de verdad y en pago habéis recibido una aldea virtual.

—Supongo que sí —dije pensando en otra cosa, en el sol, en el parque.

—Debería sentirme satisfecho por haber vivido en la época en la que he vivido. Cuando yo era un crío, apenas había coches. He presenciado cambios enormes. En la Edad Media, uno nacía viendo la pared de una iglesia y fallecía viendo la pared de la misma iglesia, en el centro del mismo pueblo, con las mismas casas y rodeado de las mismas personas. En mi infancia, te hablo de cuando tenía entre diez y quince años, para desplazarte a cualquier punto de Madrid, aún tenías que tomar el tranvía. Con frecuencia iban tan llenos que debías ir colgado del pescante. No hay nada de nostálgico en lo que te cuento. Si llovía, te mojabas, y si el tranvía daba una sacudida, ya podías ir bien agarrado para no caerte. Para los viajes largos, debías tomar el tren. De Toledo a Madrid tardábamos tres horas, sentado en bancos de madera. Se paraba en cada pueblo para recoger a pobres señoras con bolsos llenos de chorizos y de morcillas y con la gallina cloqueando en el cesto. Cuando oigo hablar de los buenos viejos tiempos me echo a reír. Nunca ha habido tales buenos viejos tiempos. Cualquier tiempo futuro será mejor... Ahora, te pones en Toledo en poco más de media hora. Hemos construido ferrocarriles confortables, carreteras, puentes. Vestimos mejor y tenemos decenas de periódicos y de canales de televisión, centenares de revistas, internet... Incluso hemos construido hospitales como éste, donde si no te curan, puedes reventar bien reventado... con todas las atenciones.

Sonreía. Era su sonrisa sarcástica de siempre. Había vuelto a recostar la cabeza y tenía los ojos cerrados. Su rostro lucía una expresión de falsa felicidad.

—Antonio te habrá hablado de todo eso —añadió.

—Ya sabes que no hablo demasiado con mi padre.

—Ya lo sé. Yo tampoco hablo demasiado con él, desde hace años.

—Creo que hoy vendrá con mi madre a visitarte.

—Qué alegría... Ya ha venido en otras ocasiones. Se queda de pie sin quitarse la chaqueta y mira por la ventana... No le reprocho nada. Estoy convencido de que el paisaje es más agradable que el espectáculo de su hermano en fase terminal. Probablemente yo haría lo mismo en su lugar, mirar por la ventana, asentir de vez en cuando y hacer las preguntas de buena educación. «¿Te atienden bien? ¿Te encuentras mejor hoy?» ¿Mejor? Cada día que pasa me encuentro mejor.

Mi padre nació en un pueblo al sur de la Sierra de Gredos en 1932, mientras que Emilio, mi tío, nació ya en Madrid, en 1946. Mis abuelos habían emigrado a la capital después de la guerra, con mis otras dos tías y mi padre, que era el mayor. Por lo que sé, fue para sus hermanos como un padre y como una madre. Se encontraba haciendo el servicio militar en Melilla cuando recibió una carta comunicándole la defunción de mi abuelo. Lo licenciaron y regresó a Madrid a trabajar. Mi abuela estaba empleada en una panificadora del extrarradio por un salario de miseria. Se levantaba de madrugada y en invierno regresaba ya anochecido, después de haber despachado todo el género; con frecuencia se quedaba a dormir en el trabajo. Así que mi padre, que en aque-

lla época estaba empleado en una ferretería, el resto del tiempo cuidaba de sus tres hermanos pequeños.

—No es un mal hombre —dijo mi tío—. Tiene cualidades. Encontró a una buena mujer como Luisa. Han tenido sus más y sus menos, pero imagino que en el fondo se quieren. Debe de ser por eso por lo que han vuelto a vivir juntos, digo yo... El problema de tu padre es que de joven trabajó mucho, desde siempre, y no tuvo tiempo para estudiar y formarse. Y luego se enredó con toda esa gente de la política y los sindicatos...

De pronto se estremeció, llevándose las manos al vientre. Hizo una mueca de dolor.

—¿Te sientes mal?

—No es nada —Respiró hondo varias veces, despacio—. Me ocurre de vez en cuando, pero pasa pronto. ¿Ves? —exclamó, enderezándose y abriendo los brazos—. Ya está. La mente domina al cuerpo. Es cuestión de voluntad.

—Quizá sería mejor que tomaras algún calmante.

—Nada de eso. No hasta la noche. Los tomaré luego, para dormir. ¿Qué hora es?

Me había visto consultar el reloj.

—Las siete y media.

—¿Tienes prisa?

—Sí. No podré quedarme mucho tiempo.

—Es normal. Hace una tarde estupenda. Y con este tiempo las chicas andan ligeritas de ropa, con blusas y faldas cortas...

—No es eso. De aquí me iré directo a casa. He tenido mucho trabajo los últimos días y estoy cansado. Quiero acostarme temprano y aprovechar para recuperar sueño.

—¿Sigues con las clases y la informática?

Asentí.

—Eso está bien —continuó—. En ese sector nunca te faltará trabajo. Continuamente surgen programas y sistemas nuevos. Una tarde aprendes cuatro trucos de la última versión de tal programa y al día siguiente le enseñas la mitad a los alumnos. Los otros dos trucos los dejas para otra ocasión. Siempre hay que guardarse un as en la manga. ¿No es así?

—Lo has descrito muy bien.

—Estaba claro. No te culpes por ello. Las cosas son así. Si fueras honesto y gastaras todas tus salvas en un solo ataque, te quedarías sin defensas para el siguiente combate. A fin de cuentas, a los que acuden a tus clases seguro que la cabeza nos les da para más. Si les entregaras todo de golpe, harían agua por el camino y a la salida de clase ya lo habrían olvidado todo. Es mejor así, poco a poco. Mejor para ellos y para ti, que además cobras por impartir en cursos de tres meses lo que personas espabiladas aprenderían en una semana. Y sin tener que aflojarse el bolsillo...

Apareció una enfermera. Había golpeado la puerta con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

—¡Buenas tardes! ¿Qué tal por aquí?

Era una muchacha joven, alegre. Traís más bolsas con suero.

—Pero si es mi princesa... —contestó mi tío, incorporándose.

—Te veo de buen humor...

—Claro, estoy bien acompañado. ¿Aún no os conocéis? Se llama Ángel, mi sobrino favorito. Ángel, ésta es Sonia.

—Carmen, me llamo Carmen.

—Está bien, la princesa Carmen. Pero ¿no os besáis?

La enfermera me miró.

—Vamos, besaos —insistió mi tío.

—Claro... —dijo ella, sonriendo.

Se acercó y nos besamos en las mejillas.

—Mucho gusto —saludé.

—Encantada.

—Ángel ha venido de visita hace media hora, pero ya está pensando en marcharse. Hace una bonita tarde. ¿A qué hora terminas tu turno? Seguro que Ángel podría llevarte a tomar una copa o a bailar...

La enfermera sonreía mientras cambiaba la bolsa de suero vacía por otra llena.

—Sería muy divertido, pero hoy estoy de guardia nocturna. Además —bromeó—, no creo que a mi marido le gustara...

—¿Qué importancia tiene eso? Mi sobrino es más puritano, pero yo soy un hombre liberal. Si te aburres y te apetece un poco de fiesta, ya sabes dónde encontrarme. Esta noche la tengo libre y no pienso moverme de aquí.

—Vendré, no lo dudes... a cambiar el suero.

—Cualquier disculpa es buena.

La enfermera descorrió la cortina. La señora del vestido floreado estaba en pie. Ambas se saludaron. El enfermo se removió en la cama.

—Me temo que lo he despertado.

—Oh, no. No duerme. Sólo que parece que los calmantes le han atontado un poco...

Al oír esto, mi tío retiró despacio las sábanas y levantó el brazo. El tubito unía su muñeca con

la bolsa de suero, que pendía de un gancho. Miraba con preocupación la sombra del líquido cayendo por su interior. La enfermera optó por no cambiar el suero al otro paciente hasta su siguiente visita y se despidió.

En cuanto nos quedamos solos, me pidió que volviera a correr la cortina.

—¡No se moleste, señora! —alzó la voz, mientras yo seguía sus instrucciones—. ¡No somos unos maleducados! ¡Es que nos gusta la intimidad!

Ya no me senté. Me quedé de pie, junto a la ventana.

—Intimidad... ¿Tú ves razonable que un moribundo tenga que compartir habitación con otro moribundo?

—No, no lo es —confirmé.

Volvió a desenroscar el tubito de la sonda e introdujo el extremo en la cuña.

—Puestos a elegir —prosiguió—, si no fuera posible una habitación individual, preferiría una comunal. Cuando estás con muchos, no compartes nada. Sigues estando solo entre una multitud. Si gimes o te retuerces, nadie va a mirar a tu lado porque otros gimen y se retuercen al mismo tiempo. Y cuando mueras, otro habrá muerto en la otra esquina. En cambio, aquí te conviertes en espectador de primera fila de tu propia agonía. Alguien con quien no te une nada se convierte de pronto en la persona más importante de tu vida. No tiene sentido. Es absurdo, es absurdo...

Se volvió a contraer en una mueca de dolor y, como la otra vez, respiró pausada y profundamente. No parecía que el dolor hubiera sido tan fuerte en esta ocasión.

—Lo peor —dijo— es no saber cuándo acabará todo esto. Dos semanas, dos meses... Desde luego, no serán dos años, eso ya lo sé. Preferiría que me dijeran: «Emilio, escuche atentamente: morirá mañana entre las doce del mediodía y la una, poco más o menos». Yo me prepararía. Saldría de aquí y me iría a tomar una copa a la Joy Eslava. Intentaría ligar, aunque dudo que pudiera con este aspecto y estas patas de alambre. Alquilaría una habitación en un hotel, y contrataría los servicios de una señorita guapa y simpática, que me escuchara y me diera un poco de afecto. Si surgiera algo más, mejor. Luego, por la mañana, tomaría un baño y pensaría en el modo más adecuado de quitarme de en medio y no ser una molestia para el servicio de limpieza. ¿Me estás escuchando?

—Sí, claro que te escucho.

—No sé... ¿Va a venir tu madre, dices?

—Eso creo. Me encontré ayer con ella a la salida del hospital y me dijo que hoy vendrían los dos, a eso de las ocho y media o nueve... Ahora tengo que irme. Estoy algo cansado. No sé si podré venir en los próximos días. Por el trabajo. Pero a más tardar vendré el domingo.

—Es una lástima que para los domingos no tengáis disculpa. Si no venís, deduzco que preferís daros una comilona en un buen restaurante y pasar el día en el campo.

—No te castigues.

—Nadie se castiga. Me han castigado por ser un niño malo, y uno de los suplicios es soportar vuestras visitas de compasión y compromiso. ¿Creéis que no leo en vuestros rostros el cansancio? «No

parece que esté peor que ayer. Aún tenemos moribundo para muchas semanas. Si sigue así, a lo peor nos estropea el veraneo...»

—Me tengo que marchar.

—Yo también preferiría estar en el parque dando un paseo hasta el atardecer, poniendo a prueba la dureza de las suelas de mis zapatos. Sé que no es agradable estar aquí, con un enfermo malhumorado. Lo normal sería venir, dar las buenas tardes, como tu padre, cubrir el expediente y marcharse. Eso es lo que yo haría si el enfermo fuera él. «¿Te encuentras hoy mejor? Vaya, estupendo». Y luego me iría a tomar el aire, a ventilar los pulmones y a sacarme de la ropa el olor a hospital.

Me incliné sobre él para besarle en la frente. Recibió mi beso con los ojos cerrados. Luego me agarró por la muñeca. La apresaba con fuerza.

—Espera, por favor —De pronto, su tono se había vuelto humilde—. No te vayas todavía. Sólo un minuto más. Necesito hablar contigo.